

## EL HOMBRE DE TODAS HORAS.

CARTA Á DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA.

No siempre se ha de reir con Demócrito, ni siempre se ha de llorar con Heráclito (discretísimo Vincencio); dividiendo los tiempos el divino sabio, repartió los empleos. Haya vez para lo serio y también para lo humano, hora propia y hora ajena. Toda acción pide su sazón; ni se han de barajar, ni se han de singularizar; débese el tiempo á todas las tareas, que tal vez se logra y tal vez se pasa.

El varón de todos ratos es señor de todos los gustos y es buscado de todos los discretos. Hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural, haga lo mismo el arte de todo lo moral. Infeliz genio el que se declara por de una sola materia, aunque sea única, áun la más sublime; ¿pues qué si fuera vulgar, vicio comun de los empleos? No sabe platicar el soldado sino de sus campañas, y el mercader de sus logros; hurtándole todos el oído al unitono, la atención al impertinente; y si tal vez se vencen, es en conjuración de fisga.

Siempre fué hermosamente agradable la variedad, y aquí lisonjera. Hay algunos, y los más, que para una cosa sola los habeis de buscar, porque no valen para dos; hay otros que siempre se les ha de tocar un punto y hablar de una materia, no saben salir de allí; hombres de un verbo, Sísifos de la conversacion, que apedrean con un tema; tiembla de ellos con razón todo discreto, que si se echa un necio de éstos sobre su paciencia, llegará á verter el juicio por los poros; y por temor de contingencia tan penosa, codicia ántes la estéril soledad y vive al siglo de oro interiormente.

Aborrecible ítem el de algunos, enfadoso macear, que todo buen gusto lo execra, deprecando, que Dios nos libre de hombre de un negocio en el hablarlo y en el solicitarlo, desquitándonos de ellos unos amigos universales, de genio y de ingenio, hombre para todas horas, siempre de sazón y de ocasión. Vale uno por muchos, que de los otros, mil no valen por uno; y es menester multiplicarlos, hora por amigo, con enfadosa dependencia. Nace esta universalidad de voluntad y de entendimiento, de un espíritu capaz, con ambiciones de infinito; un gran gusto para todo, que no es vulgar arte saber gozar de las cosas y un buen lograr todo lo bueno; práctico gustar es el de jardines, mejor el de edificios, calificando el de pinturas, singular el de piedras preciosas; la observacion de la antigüedad, la erudición y la plausible historia, mayor que toda la filosofía de los cuerdos; pero todas ellas son eminencias parciales, que una perfecta universalidad ha de adecuarlas todas.

No se ha de atar el discreto á un empleo solo, ni determinar el gusto á un objeto, que limitarlo con infelicidad; hizolo el cielo indefinito, criólo sin términos; no se reduzca él ni se limite.

Grandes hombres los indefinibles, por su grande pluralidad de perfecciones; que repite á infinidad. Otros hay tan limitados, que luégo se les sabe el gus-

to, ó para prevenirlo ó para lisonjearlo, que ni se extiende ni se difunde.

Una vez que quiso el cielo dar un plato, sazónó el maná, cifra de todos los sabores, bocado para todos paladares, en cuya universalidad proporcionó la del buen gusto.

Siempre hablar atento causa enfado, siempre chancar desprecio, siempre filosofar entristece, y siempre satirizar desazona.

Fué el Gran Capitan idea grande de discretos, portábase en el palacio como si nunca hubiera cursado las campañas, y en campaña como si nunca hubiera cortejado.

No así aquel otro, no gran soldado, sino gran necio, que convidándole una gentil dama á danzar en su ocasión, digo en la de un sarao, excusó su ignorancia y descubrió su tontería, diciendo: «Que él no se entendía de mover los piés en el palacio, sino de menear las manos en la campaña.» Acudió ella, que lo era: «Pues señor, paréceme que sería bueno en tiempo de paz, metido en una funda, colgaros como arnes para su tiempo; y áun le hizo cortesía de otro más vil y más merecido puesto.

No se estorban unas á otras las noticias, ni se contradicen los gustos; todas caben en un centro y para todo hay sazón. Algunos no tienen otra hora que la suya, y siempre apuntan á su conveniencia. El cuerdo ha de tener hora para sí, y muchas para los selectos amigos.

Para todo ha de haber tiempo, sino para lo indecente; ni será bastante excusa la que dió uno en una acción muy liviana, que el que era tenido por cuerdo de día, no sería tenido por necio de noche.

De suerte (mi cultísimo Vincencio) que la vida de cada uno no es otra que una representación trágica y cómica, que si comienza el año por el Aries, también acaba en el Piscis, viniéndose á igualar las dichas con las desdichas, lo cómico con lo trágico; ha de hacer uno solo todos los personajes á sus tiempos y ocasiones, ya el de risa, ya el de llanto, ya el del cuerdo, y tal vez el del necio; con que se viene á acabar con alivio y con aplauso la apariencia.

¡Oh discretísimo Proteo! aquel nuestro gran apasionado, el excelentísimo de Lemos, en cuyo bien repartido gusto tienen vez todos los liberales empleos, y en cuya heroica universalidad logran ocasión todos los eruditos, cultos y discretos; el docto y el galante, el religioso y el caballero, el humanista, el historiador, el filósofo, hasta el sutilísimo teólogo; héroe verdaderamente universal para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo.

## EL BUEN ENTENDEDOR.

*Diálogo entre el DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS y el AUTOR.*

DOCTOR.

Dicen que el buen entendedor, pocas palabras.

AUTOR.

Yo diría que á pocas palabras buen entendedor, y

no sólo á palabras, al semblante, que es la puerta del alma, sobrescrito del corazón; áun le ve apuntar al mismo callar, que tal vez exprime más para un entendido, que una prolijidad para un necio.

DOCTOR.

Las verdades que más nos importan, vienen siempre á medio decir.

AUTOR.

Así es, pero recíbanse del advertido á todo entender.

DOCTOR.

Eso le valió á aquel nuestro Anfon aragones, cuando perseguido de los propios, halló amparo y áun aplauso en los coronados Delfines extraños.

AUTOR.

Tan poderosa es una armonía, y más de tan suaves consonancias, como fueron las de aquel prodigioso ingenio.

DOCTOR.

Califícase ya el decir verdades con nombre de necedades.

AUTOR.

Y áun por no parecer ó niño ó necio, ninguno la quiere decir, con que no se usa; solas quedan en el mundo algunas reliquias de ella, y áun éstas se descubren como misterio, con ceremonia y recato.

DOCTOR.

Con los príncipes siempre se les brujulea.

AUTOR.

Pero discurran ellos, que va en ello el perderse ó el ganarse.

DOCTOR.

Es la verdad una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por esto anda siempre tapada.

AUTOR.

Descúbranla los príncipes con galantería, que han de tener mucho de adivinos de verdades y de zahoríes de desengaños. Cuanto más entre dientes se les dicen, es dárselas mascadas, para que mejor se digieran y entren en provecho. Es ya político el desengaño, anda de ordinario entre dos luces, ó para retirarse á las tinieblas de la lisonja, si topa con la necedad, ó salir á la luz de la verdad, si topa con la cordura.

DOCTOR.

¡Qué es de ver en una encendida competencia la detención de un recatado y la atención de un advertido! Aquél apunta, éste discurre, y más en desengaños.

AUTOR.

Sí, que se ha de ajustar la inteligencia á las materias; en las favorables, tirante siempre la credulidad; en las odiosas, dar la rienda y áun picarla. Lo que la lisonja se adelanta en el que dice, la sagacidad lo desandó en el que oye; que siempre fué la mitad ménos lo real de lo imaginado.

DOCTOR.

En materias odiosas, yo discurría al contrario, pues en un ligero amago, en un levísimo ceño, se le descubre al entendido mucho campo que correr.

AUTOR.

Y que correrse tal vez; y entienda, que es mucho más lo que se le calla. En lo poco que se le dice, va el cuerdo en los puntos vidriosos con gran tiempo, y cuanto la materia es más liviana, da pasos de plomo en el apuntar, con lengua de plomo en el pasar.

DOCTOR.

Muy dificultoso es darse uno por entendido en puntos de censura y de desengaño, porque se cree mal aquello que no se desea. No es menester mucha elocuencia para persuadirnos lo que nos está bien, y toda la de Demóstenes no basta para lo que nos está mal.

AUTOR.

Poco es ya el entender, menester es á veces adivinar; que hay hombres que sellan el corazón y se les podrecen las cosas en el pecho.

DOCTOR.

Hacer entónces lo que el diestro físico, que toma el pulso en el mismo aliento; así el atento metafísico, en el aire de la boca ha de penetrar el interior.

AUTOR.

El saber nunca daña.

DOCTOR.

Pero tal vez da pena, y así como previene la cordura el qué dirán, la sagacidad ha de observar el qué dijeron. Saltea insidiosa esfinge el camino de la vida, y el que no es entendido, es perdido. Enigma es, y dificultoso, esto del conocerse un hombre; sólo un Edipo discurre, y áun ése con soplos auxiliares.

AUTOR.

No hay cosa más fácil que el conocimiento ajeno.

DOCTOR.

Ni más dificultoso que el propio.

AUTOR.

No hay simple que no sea malicioso.

DOCTOR.

Y que siendo sencillo para sus faltas, no sea doblado para las ajenas.

AUTOR.

Las motas percibe en los ojos del vecino.

DOCTOR.

Y las vigas no divisa en los propios.

AUTOR.

El primer paso del saber, es saberse.

DOCTOR.

Ni puede ser entendido el que no es entendedor. Pero ese aforismo de conocerse á sí mismo, presto es dicho y tarde hecho.

AUTOR.

Por encargarlo fué uno contado entre los siete sabios.

DOCTOR.

Por cumplirlo, ninguno hasta hoy. Cuanto más saben algunos de los otros, de sí saben ménos; y el necio más sabe de la casa ajena que de la suya, que ya hasta los refranes andan al revés. Discurren mucho algunos en lo que nada les importa, y nada en lo que mucho les convendría.



AUTOR.

¡Qué! ¿hay ocupacion peor aún que el ocio?

DOCTOR.

Sí, la inútil curiosidad.

AUTOR.

¡Oh cuidados de los hombres! y ¡cuánto hay en las cosas sin sustancia!

DOCTOR.

Hase de distinguir tambien; entre lo detenido de un recado y lo desatentado de un fácil, exageran unos, disminuyen otros: discierna, pues, el atento entendedor, que á tantos han condenado las credulidades como las incredulidades.

AUTOR.

Por eso dijeron sabiamente los bárbaros citas al jóven Peleo, que son los hombres rios; lo que aquéllos corren se van deteniendo éstos, y comunmente tienen más de fondo los que mayor sosiego, y llevan más agua los que ménos ruido.

DOCTOR.

Materias hay tambien en que la sospecha tiene fuerza de prueba: que la mujer de César (dijo él mismo) ni aún la fama, y cuando en el interesado llega á ser duda, en los demas ya pasa y aún corre por evidencia.

AUTOR.

Tienen más ó ménos fondo las palabras, segun las materias.

DOCTOR.

Por no calarlas se ahogaron muchos; son de las del entendido entendedor, y advierta que la gala del nadar es saber guardar la ropa.

AUTOR.

Y más si es púrpura; y con esto vamos uno á su historia, digo, á la *Zaragoza antigua*, tan deseada de la curiosidad cuanto ilustrada de la erudicion, y yo á mi filosofía del *Varon atento*.

## NO ESTAR SIEMPRE DE BURLAS.

SÁTIRA.

Es muy sería la prudencia, y la gravedad concilia veneracion de dos extremos; más seguro es el genio majestuoso. El que siempre está de burlas, nunca es hombre de véras, y hay algunos que siempre lo están, tiénelo por ventaja de discrecion y le afectan; que no hay monstruosidad sin padrino; pero no hay mayor desaire que el continuo donaire. Su rato han de tener las burlas; todos los demas las véras. El mismo nombre de sales está avisando cómo se han de usar. Hase de hacer distincion de tiempos, y mucho más de personas. El burlarse con otro es tratarle de inferior, y á lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneracion.

Estos tales nunca se sabe cuándo hablan de véras, y así los igualamos con los mentirosos, no dándoles crédito á los unos por recelo de mentira, y á los otros de burla. Nunca hablan en juicio, que es tanto como no tenerle, y más culpable, porque no usar de él por

no querer más, es que por no poder; y así no se diferencia de los faltos sino en ser voluntarios, que es doblada monstruosidad. Obra en ellos la liviandad lo que en los otros el defecto; un mismo ejercicio tienen, que es entretener y hacer reir, unos de propósito, otros sin él.

Otro género hay aún más enfadoso por lo que tiene de perjudicial, y es de aquellos que en todo tiempo y con todos están de figa. Aborrecibles monstruos, de quienes huyen todos más que del bruto de Esopo, que cortejaba á coces y lisonjeaba á bocados. Entre figa y gracia van glosando la conversacion, y lo que ellos tienen por punto de galantería es un verdadero desprecio de lo que los otros dicen; y no sólo no es graciosidad, sino una aborrecible frialdad. Lo que ellos presumen de gracia es un prodigioso enfado de los que tercián. Poco á poco se van empeñando hasta ser murmuradores cara á cara. Por decir una gracia os dirán un convicio, y éstos son de quien Ciceron abominaba, que por decir un dicho pierden un amigo ó lo entibian; ganan fama de decidores, y pierden el crédito de prudentes. Pásase el gusto del chiste, y queda la pena del arrepentimiento: lloran por lo que hicieron reir. Éstos no se ahorran, ni con el más amigo ni con el más compuesto; y es notable que jamas se les ofrece la prontitud en favor, sino en sátira; tienen sinistro el ingenio.

Éste, con otros defectos infelices, nace de poca substancia y acompaña la liviandad. En hombres de gran puesto se censuran más, y aunque los hace en algun modo gratos al vulgo por la llaneza, pone á peligro el decoro con la felicidad; que como ellos no la guardan á los otros, ocasionan el recíproco atrevimiento.

Es connatural en algunos el donoso genio. Dotóles de esta gracia la naturaleza; y si con la cordura se templase, sería prenda, y no defecto. Un grano de donosidad es plausible realce en el más autorizado; pero dejarse vencer de la inclinacion en todo tiempo es venir á parar en hombre de dar gusto por oficio, sazonador de dichos y aparejador de la risa: si en una cómica novela se condena por impropriedad el introducirse siempre chanceando á Davo, y que entre lo grave de la enseñanza ó lo serio de la reprension del padre al hijo mezcle él su gracejo, ¿qué será, sin ser Davo, en una grave conversacion estar chanceando? Será hacer farsa con risa de sí mismo.

Hay algunos que, aunque le pese á Minerva, afectan la graciosidad, y como en ellos es postiza, ocasiona ántes enfado que gusto; y si consiguen el hacer reir, más es figa de su frialdad que agrado de su donaire. Siempre la afectacion fué enfadosa, pero en el gracejo, intolerable, porque sumamente enfada, y queriendo hacer reir, queda ella por ridícula; y si comunmente viven desacreditados los graciosos, ¿cuánto más los afectados, pues con su frialdad doblan el precio?

Hay donosos y hay burlescos, que es mucha la diferencia. El varon discreto juega tambien en esta pieza del donaire, no la afecta, y esto en su sazon; déjase caer como al descuido un grano de esta sal,

que se estimó más que una perla, raras veces, haciéndole salva á la cordura y pidiéndole al decoro la vénia. Mucho vale una gracia en su ocasion. Suele ser el atajo del desempeño. Sazonó esta sal muchos desaires. Cosas hay que se han de tomar de burlas, y tal vez las que el otro más de véras. Único arbitrio de cordura, hacen juego del más encendido fuego.

Pesado es el extremo de los muy serios, y poco plausible Caton con su bando, pero venerado; rígida será la de los compuestos y cuerdos; pocos la siguen, muchos la reverencian, y aunque causa la gravedad pesadumbre, pero no desprecio.

Que es de ver uno de estos destemplados de agudeza, siniestros de ingenio, chancear aún en la misma muerte; que si los sabios mueren como cisnes, éstos como grajos, gracejando mal y porfiando. De esta suerte un Carvajal mostró cuán rematada habia sido su vida.

Los hombres cuerdos y prudentes siempre hicieron muy poca merced á las gracias, y una sola bastaba para perder la real del Católico prudente. Súfrense mejor unos á otros los necios, ó porque no advierten ó porque se semejan. Mas el varon prudente no puede violentarse, sino es que tercié la dependencia.

## HOMBRE DE BUENA ELECCION.

ENCOMIO.

Todo el saber humano (si en opinion de Sócrates hay quien sepa) se reduce hoy al acierto de una sábia eleccion. Poco ó nada se inventa, y en lo que más importa se ha de tener por sospechosa cualquiera novedad.

Estamos ya á los fines de los siglos. Allá en la edad de oro se inventaba: añadióse despues, ya todo es repetir. Vense adelantadas todas las cosas, de modo que ya no queda que hacer, sino elegir. Vívase de eleccion, uno de los más importantes favores de la naturaleza, comunicado á pocos, porque la singularidad y la excelencia doblen el aprecio.

De aquí es que vemos cada dia hombres de ingenio sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos tambien, que en llegando á la eleccion se pierden. Escogen siempre lo peor, háganse de lo ménos acertado: gustan de lo ménos plausible, con nota de los juiciosos y desprecio de los demas. Todo les sale infelizmente, y no sólo no consiguen aplauso, pero ni aún agrado. Jamas hicieron cosa insigne, y todo ello por faltarles el grande dón del saber elegir; de suerte que no bastan ni el estudio ni el ingenio, donde falta la eleccion.

Es transcendental su importancia, porque no sea ménos su extension que su intencion. Solicitan su voto todos los empleos, y los mayores con afectacion; porque ella es el complemento de la perfeccion, origen del acierto, sello de la felicidad, y donde ella falta, aunque sobren el artificio, el trabajo y las cosas todas se desluen y todas se malogran.

Ninguno conseguiria jamas el crédito de consumado en cualquier empleo, sin el realce de un plausible

gusto. Sólo el realce en elegir pudo hacer célebres á muchos reyes eminentes en sus elecciones, así de empresas como de ministros; que un yerro en las llaves de la razon de estado hasta á perderlo todo con descrédito, y un acierto, á ganarlo todo con inmortal reputacion. Erraron unos en el defecto de los asuntos, y otros en el de los instrumentos, destruyendo todos con tan fatales yerros el preciosísimo oro de sus coronas.

Hay algunos empleos, que su principal ejercicio consiste en elegir; y en éstos es mayor la dependencia de su direccion. Como son todos aquellos que tienen por asunto el enseñar agradando. Prefiera, pues, el orador los argumentos más plausibles y más graves. Atienda el historiador á la dulzura y al provecho. Case el filósofo lo especioso con lo sentencioso, y atiendan todos al gusto ajeno universal, que es la norma del elegir; y tal vez se ha de preferir al crítico y singular, ó propio ó extraño; porque en un convite más querria dar gusto á los convidados que á los sazonadores, dijo el más sabroso de nuestra patria y de eleccion. ¿Qué importa que sean muy al gusto del orador las cosas, si no lo son al del auditorio, para quien se sazonan? Preferirá aquél una sutileza, y aplaudirá éste á una semejanza, ó al contrario.

En las vulgares artes tiene tambien lugar; á proporcion vimos ya dos eminentes artifices, que se compitieron la fama; el uno por lo delicado y primoroso, tanto, que parecia cada una de sus obras de por sí el último esfuerzo del artificio, y todas juntas no satisfacian. Al contrario, el otro jamas pudo acabar cosa con última delicadeza, ni llevarla á la total perfeccion; con todo eso tuvo este realce de la eleccion tan en su punto, que se alzó con el aplauso universal.

Nace en primer lugar del gusto propio, si es bueno, calificado con la prueba, con que se asegura el ajeno, que es ventaja poder hacer norma de él y no depender de los extraños; con esto se puede uno confiar que lo que le agrada á él en los otros, tambien les agrada á ellos en él. Efecto es de su sazon el buen defecto, todo sale bien de ella, que es la mayor felicidad; y si algo se acertó en falta suya, fué más contingencia que seguridad.

Al contrario, un mal gusto todo lo desazona; y las mismas cosas excelentes por su perfeccion, las malogra por su mala disposicion; y haylos tan exóticos, que siempre escogen lo peor, que parece que hacen estudio en el errar; el peor discurso guardan para la mejor ocasion, y en la mejor expectation salen con la mayor impertinencia, casándose siempre con su necesidad.

Extremada eleccion la de la abeja, y qué mal gusto el de una mosca, pues en un mismo jardin solicita aquella la fragancia y ésta la hediondez.

Lo peor es que estos tales enfermos de gusto, ó por ignorancia, ó por capricho, lisiados de juicio, añadiendo el segundo al primer desacierto, que es más célebre, querrian pegar su mal á todos los demas; pretenden que su paradojo voto sea norma de los



otros, y áun se admiran de que su desabrimiento no les sea sainete, y apetito su frialdad, desacertadores en todo.

Hállanse otros que tienen destemplado el gusto en unas cosas, y en otras muy en su punto; pero lo ordinario es que el que tiene depravada la raíz, lleve desazonado todo el fruto.

Supone, demas de lo extremado del gusto, una adecuada comprension de todas las circunstancias que se requieren para el acierto individual. Su primera atencion es á la ocasion, que es la primera regla del acertar. No se paga en las cosas de la eminencia á solas, sino de conveniencia tambien; que tal vez lo más excelente fué lo ménos á propósito para la sazón, si bien cuando concurren en los medios, lo realzado del sér y lo sazonado de la conveniencia, concluyen felicidad. Regúlase con el tiempo, atiende al puesto, hacen distincion de personas, y ajustarse adecuadamente á la ocasion, con que viene á ser perfectísimo el defecto.

Es la pasion enemiga declarada de la cordura, y por el consiguiente, de la eleccion; nunca atiende á la conveniencia, sino á su afecto; y estiuna más salir con su antojo, que con el acierto. Todos sus favorecidos son buenos, no más de porque lo desea, no porque en la realidad lo son, y afecta el engañarse voluntariamente; y así, todo mal intencionado sale peor ejecutado.

Los asuntos de la eleccion son muchos y sublimes. Elígense en primer lugar los empleos y los estados, defecto de toda una vida, donde se acierta ó se yerra para siempre; que es un echarse á cuestras una irremediable infelicidad. El mal es que las resoluciones más importantes se toman en la primera edad, destituida de ciencia y experiencia, cuando áun no fueran bastantes la mayor prudencia y la más sazonzada madurez.

Ni es el menor empeño el escoger los amigos, que han de ser de eleccion, y no de acaso; accion muy de la prudencia, y en lo más de la contingencia. Elígense tambien los familiares, que son ayudantes del vivir, las más veces enemigos excusados.

Mas si en los hijos tuviera lugar el defecto, fuera la primera de las dichas. Ello hay tales caprichos en el mundo, que eligieran los peores; y así, favor fué de la naturaleza el prevenirlos, pues áun los que le dió el cielo buenos, ellos, ó con su ejemplo ó con su descuido, vienen á hacerlos malos; que son muchos los que malogran favores de la naturaleza y de la fortuna.

No hay perfeccion donde no hay eleccion. Dos ventajas incluye el poder elegir y elegir bien. Donde no hay defecto, es un tomar á ciegas lo que el acaso ó la necesidad ofrecen. Pero al que le faltare el acierto, búsquelo en el consejo ó en el ejemplo, que se ha de saber ó se ha de oír á los que saben, para acertar.

### NO SER MARAVILLA.

#### SÁTIRA.

Achaque es todo lo muy bueno, que su mucho uso viene á ser abuso. Codicianlo todos por lo excelente, con que se viene á hacer comun, y perdiendo aquella primera estimacion de raro, consigue el desprecio de vulgar; y es lástima que su misma excelencia le cause su ruina. Truécase aquel aplauso de todos en un enfado de todos.

Esta es la ordinaria carcoma de las cosas, muy plausibles en todo género de eminencia, que naciendo de su mismo crédito y cebándose en su misma ostentacion, viene á derribar y áun á abatir la más empinada grandeza; basta á hacer una demasia de lucir de los mismos prodigios vulgaridades.

Gran defecto es ser un hombre para nada, pero tambien lo es ser para todo, ó quererlo ser. Hay sujetos, que sus muchas prendas los hacen ser buscados de todos. No hay negocio, aunque sea repugnante á su instituto y genio, que no se remita, ó á su direccion ó á su manejo; todos se pronostican la felicidad de cuanto ponen éstos mano, y aunque no sean entremetidos de sí, su misma excelencia los descubre, y la conveniencia ajena los busca y los placea; de suerte que en ellos su mucha opinion obra lo que en otros su mucho entretenimiento. Pero esto es ya azar, si no defecto, y una como sobra de valor, pues vienen á rozarse y áun perder por mucho ganar. ¡Oh, gran cordura la de un buen medio! Pero ¿quién supo ó pudo contenerse y caminar con esta seguridad?

Pension es de las pinturas muy excelentes, de las tapicerías más preciosas, que en todas las fiestas hayan de salir, y como todo lo andan, reciben muchos encuentros, con que presto vienen á ser inútiles ó comunes, que es peor.

Hay algunos, ni pocos ni cuerdos, sobresalidos, amigos de que todos los llamen y busquen; dejarán el dormir y áun el comer, por no parar; no hay presente para ellos como un negocio, ni mejor dia que el más ocupado; y las más veces no aguardan á que los llamen, que ellos se ingieren en todo, y añadiendo al entretenimiento la audiencia, que es forzar la necesidad, se exponen á grandes empeños; pero bien ó mal consiguen que todos hablan de sus cabellos, que es lo mismo que quitarlos la lengua para la murmuracion y desprecio.

Aunque no hubiese otro desaire que aquel continuo topar con ellos, oír siempre hablar de ellos causa un tan enfadoso hartazgo, que vienen á ser despues tan aborrecidos, como fueron ántes deseados.

No todo sale de sus manos con igual felicidad, y tal vez la que comenzó á ser una hazañosa vasija, desliziándose la rueda (ya sea la de la suerte), viene á rematar en un bellissimo vaso de su ignominia y des- crédito. Métense á querer dar gusto á todos, que es imposible, y vienen á disgustar á todos, que es más fácil.

No escapan los que mucho lucen de envidiados ó de odiados, que á más lucimiento, más emulacion.

### HOMBRE DE BUEN DEJO.

CARTA AL DOCTOR DON JUAN ORENCIO DE LASTANOSA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, SINGULAR AMIGO DEL AUTOR.

Si yo creyera á lo vulgar que habia fortuna, tambien creyera (amigo canónigo y señor) que su casa era la casa con dos puertas, muy diferentes la una de la otra y encontradas en todo; porque la una está fabricada de piedras blancas, dignas de la más dichosa urna en el mejor dia; y la otra su contraria de piedras negras, que en su deslucimiento agüeran su infelicidad; majestuosamente alegre aquélla, y ésta lúgubrememente humilde. Allí asisten el contento, el descanso, la honra, la hartura y las riquezas, con todo género de felicidad. Aquí la tristeza, el trabajo, la hambre, el desprecio y la pobreza, con todo el linaje de la desdicha; por el tanto, la una se llama del placer y la otra del pesar. Todos los mortales frecuentan esta casa, y entran por una de estas dos puertas; pero es ley inviolable, y que con sumo rigor se observa, que el que entra por la una haya de salir por la otra; de modo que ninguno puede salir por la que entró, sino por la contraria; el que entró por el placer, sale siempre por el pesar; y el que entró por el pesar, sale siempre por el placer.

Desaire comun es de afortunados tener muy felices las entradas y muy trágicas las salidas. El mismo aplauso de los principios hace más ruidoso el murmullo de los fines. No está el punto en el vulgar consentimiento de una entrada, que ésas todas las tienen plausibles; pero sí en el sentimiento general de una salida, que son raros los deseados.

¡Oh, cuántos soles hemos visto entrambos nacer con risa de la aurora y tambien nuestra, y sepultarse despues con llanto del ocaso! Saludáronlos al amanecer las lisonjeras aves con sus cantos, al fin quiebro, y despidiéronlos al ponerse nocturnos pájaros con sus aullos.

Todas las fachadas de los cargos son ostentosas, mas las espaldas humildes. Coronáanse de víctores las entradas de las dignidades, y de maldiciones las salidas. ¡Qué aplaudido comienza un mando! Ya por el vulgar gusto del mudar, ya por la concebida esperanza de los favores particulares y de los aciertos comunes; pero ¡qué callado fina! Que áun el silencio le sería favorable aclamacion.

¡Qué adorado, ó de la esperanza ó del temor, entra un valimiento, si él mismo no se desmintiera á la mitad de la diccion dividida, que aunque se varie en privanza, no puede escapar al principio ó al fin de una pronosticada infelicidad. Todos los fines son desvíos, y todos los cargos paran en cargos, si no de la justicia, de la vengada murmuracion. Transfórmase el contento de comenzar, en muchos descontentos al acabar. Aunque no haya otro azar más que el ponerse, que áun en un sol el caer ocasiona desvíos, oscurecese el esplendor y resfríase el afecto. Pocas veces acompaña la felicidad á los que salen, ni dura la aclamacion hasta los fines; lo que se muestra de cum-

Tropiezan todos en el ladrillo que sobresale á los demas; de modo que no es aquélla eminencia, sino tropiezo; así en muchos el querer campar no viene á ser realce, sino tope. Es delicado el decoro, y áun de vidrio, por lo quebradizo; y si muy placeado, se expone á más encuentros; mejor se conserva en su retiro, aunque sea en el hecho de su humildad.

Quiéren algunos ser siempre los gallos de la publicidad, y cantan tanto que enfadan; bastaria una voz ó un par, para consejo ó desvelo; que lo demas es cantar mal y porfiar.

El manjar más delicioso, á la segunda vez pierde mucho de aquel primer agrado, á tres veces ya enfada; mejor fuera conservarse en las primicias del gusto, solicitando el deseo. Y si esto pasa en lo material, ¿cuánto más en el verdadero pasto del alma, delicias del entendimiento y del gusto? Y es éste delicado y mal contentadizo, cuanto mayor; más vale una excelente caridad, que siempre fué lo dificultoso estimado.

Al paso que un varon excelente, ya en valor, y ya en saber, ó sea en entereza, ó sea en prudencia, se retira, se hace codiciable; porque él á detenerse, y todos á deseárselo con mayor crédito y áun felicidad; toda templanza es saludable, y más de apariencia, que conserva la vida á la reputacion.

Rózanse de estas malillas en todo género de eminencias. Haylas tambien de la belleza, cuyo ostentarse, demas del riesgo, tiene lúego el castigo de la desestimacion, y más adelante el desprecio.

¡Qué bien conoció este vulgar riesgo, y qué bien supo prevenirlo la celebrada Popea de Neron! La que mejor supo lograr la mayor belleza, siempre la brujuleaba, que nunca hartó, ni los ojos de ella, avara con todos, envidiándola á sí misma. Franqueaba un dia los ojos y la frente, y en otro la boca y las mejillas, sin echar jamas todo el resto de su hermosura, y ganó con esto la mayor estimacion.

Gran leccion es ésta del saberse hacer estimar, de saber vender una eminencia, afectando el encubrirla, para conservarla, y áun aumentarla con el deseo, que en los Avisos al varon atento se discurrirá con enseñanza. Célebre confirmacion la de las esmeraldas del indiano, y que declara esta sutileza con buen gusto. Traia gran cantidad de ellas, en calidad igual. Expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiracion. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el orden de agrandar; pero bajóle éste por mitad la estimacion, y con esta proporcion fué prosiguiendo con la tercera y con la cuarta; al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporcion, oyó la causa con enseñanza nuestra; que la misma abundancia de preciosidad se hacia daño á sí misma, y al paso que se perdia la raridad, se disminuía la estimacion.

Oh, pues, el varon discreto, si quisiere ganar la inmortal reputacion, juegue ántes del basto que de la malilla. Sea un extremo en la perfeccion, pero guarde un medio en el lucimiento.



plida con los que vienen, de descortés con los que van.

Hasta las amistades se traban con el gusto, y se pierden con la quiebra. Súbese volando al favor, y bájase de él rodando; y comunmente en todos los empleos, y áun estados, se suele entrar por la puerta del contento y de la dicha, y se sale por la del disgusto y de la desdicha.

Gala viste de extremos la fortuna, y hace gala de igualar; los pechos cubre de blanco, y de negro las espaldas, que el no esperarlas es dar en el blanco, ó gran extremo de la prudencia la atención á los extremos al acabar bien, poniendo más la mira en la felicidad de la salida, que en el aplauso de la entrada; que no gobierna el despierto Palinuro su bajel por la proa, sino por la popa; allí asiste al gobernalle en el viaje de la vida.

Tienen algunos muy felices los principios en todo, y áun plausibles; entran en un cargo con aceptación, llegan á un puesto con aplauso, comienzan una amistad con favor; todo comenzar es con felicidad. Pero suelen tener estos tales comunmente muy trágicos los fines, y los deijos muy amargos; quédase para la postre toda la infelicidad, como en vaso de purga la amargura.

Gran regla de comenzar y de acabar dió el romano cuando dijo que todas las dignidades y los cargos los habia conseguido ántes de deseárselos, y todos los habia dejado ántes que otros los deseasen. Más es esto que la primero, aunque todo mucho; aquello fué favor de la suerte, estotro fué asunto de una singular prudencia. Es tal vez castigo de la intemperancia la desdicha, y gran gloria la del anticiparse. Consuelo es de sabios haber dejado las cosas ántes que ellas los dejasen, y consejo el prevenir las.

Puédese regular tambien la dicha, acompañándola con el buen modo hasta el buen deijo, y conservándola en la gracia de las gentes con tal arte, que la comun aclamacion del entrar se convierta en universal sentimiento del salir.

Nunca se ha de acabar con rompimiento, ya sea amistad, ya sea favor, empleo ó cargo; que toda quiebra ofende la reputacion, demas de la pena que causa.

Pocos de los afortunados se escaparon de los finales reveses de la fortuna, que suele tener malos deijos la gran dicha. Si aquellos que con tiempo los retiró, ó la misma suerte ó la cordura. A otros, á los héroes, previno el mismo cielo de remedio, realizando misterioso su fin, como en Moysen desaparecido y en Elias arrebatado, haciendo triunfo del fenecer. Aun allá en la fabulosa gentilidad un Rómulo dudosamente acabó, transformándose la malicia de los senadores en misterio, que le ocasionó mayor veneracion.

Otros, aunque eminentes y áun héroes, borrarón, como el dragon, con la infelicidad de sus fines, la gloria de sus hazañas. Hiló Hércules, hecho Parca de su propia inmortalidad, y puso, no colofon, sino colón á sus proezas, que así se usa. Materia fué de sentimiento á los valerosos y de desengaño á los sabios.

Sola la virtud es el fénix, que cuando parece que

acaba, entónces renace, y eterniza en veneracion lo que comenzó por aplauso.

### HOMBRE DE OSTENTACION.

#### APÓLOGO.

Prodigiosos son los ojos de la envidia, mucho tienen del sentir, no querrian ver tanto como ven; con ser los más perspicaces, nunca se vieron serenos; y si bien de ellos no pudo decir que tuvieron siempre buena vista, nunca más propiamente que cuando por los ojos de todas las aves miraron aquel portentoso alado de la belleza, el pavon de Juno. Mirábanle sol de pluma amanecer con rayos, cuantos descoge plumajes en su bizarra rueda.

Del mirar se pasa al admirar, donde no hay pasión, que si la hay, luégo degenera; y cuando no puede llegar á emulacion, se convierte en la poquedad de la envidia. Cegáronse, pues, con tanto ver. Comenzó la corneja á malear, como más vil, despues que quedó pelada con afrenta; íbase de unas á otras, solicitándolas á todas; ya las águilas en sus riscos, los cisnes en sus estanques, los gavilanes en sus alcandoras, los gallos en sus muldares, sin olvidarse de los buhos y lechuzas en sus lóbregos desvanes.

Comenzaba con una bien solapada alabanza, y acababa en una declarada murmuracion. Hermoso es y galan, decia, el pavon, no puede negarse; pero todo lo pierde cuando lo afecta, que el mayor merecimiento, el dia que se conoce á sí mismo, no digo áun darse á conocer, cae de su nobleza y baja á liviandad; la alabanza en boca propia es el más cierto vituperio; siempre los que merecen más, hablan de sí ménos. Hermosa era fábula, donairosa y entendida, y sobre todo, muchacha, y todo lo dejó de ser; cantó el cisne de Bilbilis cuando trató de engreirse. Para mí tengo que si el águila ostentase sus reales plumas, que se llevaria los aplausos por lo majestuoso y por lo grave. Hé que el mismo fénix, único pasmo del orbe, aborrece esta vulgarísima ostentacion, y vive más estimado en aquel su tan cuerdo como acreditado retiro.

De esta suerte no paraba de sembrar envidia, y más en pequeños corazones, que de todo se llenan fácilmente. Es la envidia pegajosa, siempre halla de qué asir, hasta de lo imaginado. Fiera cruellísima, que con el bien ajeno hace tanto mal á su dueño propio. Comenzó á cebarse en las entrañas, ó para mayor tormento ó para desterrar de ellas toda humanidad. Conjuráronse todas para oscurecerle, ya que no destruirle su belleza. Producieron astucia, sutilizaron su malicia en no declararse contra su hermosura, sino contra su ufanía. Porque si esto conseguimos, dijo la picaza, que él no pueda hacer aquel odiosísimo alarde de sus plumas, le eclipsamos de todo punto su belleza.

Lo que no se ve, es como si no fuese; y como dijo aquel avechuelo satírico, nada es tu saber, si los demas ignoran que tú sabes; y dense por entendidas todas las demas prendas, aunque habló de la reina de todas. Las cosas comunmente no pasan por lo que

son, sino por lo que parecen. Son muchos más los necios que los entendidos, páganse aquéllos de la apariencia, y aunque atienden éstos á la sustancia, prevalece el engaño y estimanse las cosas por defuera.

Fueron á hacerle el cargo de parte de toda la república ligera, el cuervo, la corneja y la picaza, con otras de este porte; que las demas todas se excusaron, el águila por lo grave, el fénix por lo retirado, la paloma por lo sencillo, el faisán por lo peligroso, y el cisne por lo callado, que piensa siempre, para cantar dulcemente una vez.

Volaron en su busca al majestuoso palacio de la riqueza. Encontraron luégo con un papagayo, que estaba en un balcon y en una jaula, propia esfera de la locuacidad. Dijoles con facilidad grande cuanto supo, que fué cuanto quisieron. Enviéronle un recado con un gimio, holgóse mucho el pavon de su llegada, que logra las ocasiones de ostentarse. Recibiólos en un espacioso patio, teatro augusto de su ostentosa bazarria y paseado palenque de su competencia, galante con el mismo sol, plumas á rayos y rueda á rueda.

Pero salióle mal la ostentativa, cuanto más airosa; que áun lo muy excelente depende de circunstancias y no siempre tiene vez. Achaques de arpa son los de la envidia, que todo lo inficiona, y á fuer de basilisco, su mirar es matar; y aunque no suele hechizar la hermosura, aquí las irritó más, y trocando los aplausos en agravios, vulgarmente enfurecidas, le dijeron: «¿Qué bien que viene esto, oh loco y desvanecido pájaro! con la embajada que te traemos de parte de todo el aligero senado. En verdad que cuando la oigas, que amaines la plumajería y que reformes la soberbia.

»Sabe que están muy ofendidas todas las aves de esta tu insufrible hinchazon, que así llaman á esa gran balumba de plumas, y con mucho fundamento; porque es una odiosísima singularidad querer tú solo, entre todas las aves, desplegar esa vanísima rueda; cosa que ninguna otra presume, pudiendo tantas tambien mejor que tú; pues ni la garza tremola sus airones, ni el avestruz placea sus plumajes, ni el mismo fénix vulgariza sus zafiros y esmeraldas, que no las llamo ya plumas. Mándante, pues, y inapelablemente ordenan, que de hoy más no te singularices; y esto es mirar por tu mismo decoro, pues si tuvieras más cabeza y ménos rueda, repararás en que cuando más quieres placear la hermosura de tus plumas, entónces descubres la mayor de tus fealdades, que tales son tus extremos.

»Siempre fué vulgar la ostentacion, nace del desvanecimiento. Solicita la aversion, y con los cuerdos está muy desacreditada. El grave retiro, el prudente encogimiento, el discreto recato, viven á lo seguro, contentándose con satisfacerse á sí mismos; no se pagan de engaño las apariencias, ni las venden. Bástase á sí misma la realidad, no necesita de extrínsecos engañados aplausos; y en una palabra, tú eres el símbolo de las riquezas, no es cordura, sino peligro, el publicarlas.»

Quedó suspenso el bellissimo pájaro de Juno, y cuando recordó de la turbacion ó de la profundidad, exclamó así: «¡Oh alabanza, que siempre vienes de los extraños! ¡Oh desprecio, que siempre llegas de los propios! ¿Es posible que cuando me llevo los ojos de todos tras mi belleza, que eso denotan estos materiales de mis plumas, que así ande yo en lenguas de picazas y cornejas? Que condenais en mí la ostentacion, y no la hermosura; el cielo, que me concedió ésta, me aventajó con aquélla; que cualquiera á solas fuera en balde de que sirviera la realidad sin la apariencia. La mayor sabiduría, hoy encargan políticos que consiste en hacer parecer. Saber y saberlo mostrar es saber dos veces. De la ostentacion diria yo lo que otros de la ventura, que vale más una onza de ella, que arrobas de caudal sin ella. ¿Qué aprovecha ser una cosa relevante en sí, si no lo parece?»

»Si el sol no amaneciera haciendo lucidísimo alarde de sus rayos; si la rosa entre las flores se estuviera siempre encarcelada en su capullo, y no desplegara aquella fragante rueda de rosicleres; si el diamante, ayudado del arte, no cambiara sus fondos, visos y reflejos, ¿de qué sirvieran tanta luz, tanto valor y belleza, si la ostentacion no los realzara? Yo soy el sol alado, yo soy la rosa de pluma, yo soy el joyel de la naturaleza; y pues me dió el cielo la perfeccion, he de tener tambien la ostentacion.

»El mismo Hacedor de todo lo criado, lo primero á que atendió fué al alarde de todas las cosas, pues crió luégo la luz, y con ella el lucimiento; y si bien se nota, ella fué la que mereció el primer aplauso, y ése divino; que pues la luz ostenta todo lo demas, el mismo Criador quiso ostentarla á ella. De esta suerte, tan presto era el lucir en las cosas, como el ser; tan válida está con el primero y sumo gusto la ostentacion.»

Y diciendo y haciendo, volvió á desplegar aquella su gran rodela de cambiantes, tan defensiva de su gala, cuan ofensiva á la envidia. Aquí ésta acabó de perder la cordura, y en conjuracion de malevolencia arremetieron todas, el cuervo á los ojos y las demas á las plumas. Vióse en grande aprieto el pájaro bellissimo, y en sumo riesgo su bazarria; y áun dicen que del susto le quedó aquella voz, que juntamente le denominaba, y significa pavoroso. No tuvo otra defensa que la ordinaria de la hermosura, de hablar alto; dió voces y muy ágrias, invocando el favor del cielo y suelo. Voceaban tambien los contrarios por ahogarle hasta la voz, á cuyo grande estruendo acudieron por los aires muchas aves y por la tierra muchos brutos, aquéllas volando, éstos corriendo. Convocáronse las sabandijas todas de palacio, un leon, un tigre, un oso y dos gimios á la famular defensa; y á los graznidos de los cuervos y los grajos, vinieron del campo el lobo y la vulpeja, creyendo eran clamores para dar sepultura á algun cadáver. Avisaron al águila tambien, que llegó muy asistida de sus guardas de rapiña. Interpuso el leon su autoridad, que bastó á moderarlas, y mostró gusto de enterarse de la contienda, encargando á entrambas partes, á la una la modestia y á la otra el silencio. A pocas razones conoció